



«Credo» de María Eugenia

CARTA DE MARIA EUGENIA AL PADRE LACORDAIRE cf. Orígenes 1 - Parte II. Capítulo XI

1... Le voy a hablar muy sencillamente. Me parece que nos es corriente que se enseñe el cristianismo tal como yo lo concibo. Una vez que se llega a las vías místicas, sorprende que las almas no sean desinteresadas, y generalmente se las ha formado, desde un principio, el sentido contrario al desinterés. Aquí, debo decir las cosas tal como las entiendo, y le confieso que no hay alma por imperfecta que sea, a lo que me haya decidido a guiar únicamente por temor a que no se salve, y por la preocupación constante de su destino personal en la eternidad.

2.A mí, me cuesta oír llamar a la tierra lugar de exilio; la veo como un lugar de gloria para Dios, puesto que ÉL puede recibir de nuestras voluntades, libres y dolientes, el único homenaje que Él a sí mismo, no se puede dar. Creo que estamos, aquí en la tierra, precisamente para trabajar en el advenimiento del reino de nuestro Padre celestial, en nosotros y en los demás.

3.Creo que Jesucristo nos ha liberado del pasado por su sacrificio, para darnos la libertad de trabajar en la realización de la palabra divina que Él vino a traer. Creo que cada uno de nosotros tiene una misión en la tierra, y que, desde el principio, hay que hacer comprender a las almas que, al ser la esencia del cristianismo, el sacrificio de Aquél que “propósito gaudio sustinuit crucem, confusione contempta”, o, como dice Santa Gertrudis, “dejó su felicidad para encontrarse con trabajos”, el fin de tal religión no es dedicarse solamente a buscar por todos los medios nuestra bienaventuranza eterna, sino comprometernos también a buscar aquello en lo que Dios puede servirse de nosotras para la difusión y para la realización del Evangelio. Hay que hacerlo con valor con los medios de la fe, - los pobres y ineficaces medios que Jesucristo tomó, - sin preocuparse más que de hacer todo aquello a lo que ÉL nos haya destinado, y abandonar en Él todos los éxitos del tiempo y de la eternidad.

4.¿Concibe usted lo maravilloso de una sociedad verdaderamente cristiana? Dios, maestro de los espíritus bajo las sombras de la fe, de las voluntades en las angustias de la prueba, que reina en todas partes, aunque de modo invisible, adorado cuando hiere; y todas las virtudes, que son la vida de Dios, preferidas a todas las necesidades de que se compone la vida natural del hombre. Soy muy sencilla y muy atrevida al hablar así; pero ante esta idea no me puedo contener, y este reino de Cristo es quizá todavía más precioso para mí, más querido para mi alma, que las tiendas de Israel de las que habla el profeta, más que la Jerusalén celestial, en donde no se puede pertenecer a Dios, más que al recibir su recompensa.

5. Hay quien dice: ¡Hermosa utopía! Le aseguro que esta exclamación me escandaliza, porque observo que nuestro Maestro ha dicho: No habrá más que un rebaño y un pastor. El hijo del hombre atraerá todo hacia Él. ¿Por otra parte, quien osaría decir, que le reino de Jesucristo no sea la meta del mundo y que no sea bueno consagrarse a ella?

6. Dar a conocer a Jesucristo, libertador y rey del mundo; enseñar que todo lo pertenece, que presente en nuestras almas por la vida de la gracia, quiere trabajar en cada uno de nosotros, para la gran obra del reino de Dios, que cada uno entre en su proyecto, ya sea para rezar, o para sufrir, o para actuar, que negarse a ello, bajo cualquier pretexto, es apartarse del mayor bien y tomar el camino del egoísmo. Le aseguro, que, para mí, esto es el principio y el fin de la enseñanza cristiana.

7. Piensa Usted, que las almas en las que se puede inculcar esto, están ya preparadas para iniciarse en los caminos de la oración; pero hace falta tiempo, muchas palabras, muchas explicaciones sacadas del Evangelio, la necesidad de limitarse siempre a las expresiones más cristianas, a fin de no exagerar en nada. Las almas así conducidas, una vez que hayan llegado a las elevadas vías de la oración, tendrán, me parece, menos dificultad que las otras para no hacer de su felicidad un fin, para evitar en todo momento los escrúpulos, para abandonarse a Dios, para desear sus desconocidos designios.

8. Atribuyo a esta base lo mejor que el P. Le Saint encuentra en nosotras; pero no está acostumbrado a este fundamento, ni él, ni nuestros superiores, ni nadie, por decirlo así; y aunque estas ideas sean muy cristianas, conllevan a los ojos del clero un carácter de novedad, incluso inquietante, ya que, con frecuencia, se han mantenido con una mezcla de exageración y de error, y casi siempre por personas, que me parecía no haber comprendido su perfecta armonía con lo más puro del misticismo.

9. Él que estas ideas solo se hayan formulado en nuestros días, e incluso escasamente formuladas, es muy sencillo; no hacía falta, y solo fue el desarrollo del dogma cristiano mejor captado, y comprendido con más plenitud, a medida que el avance de los tiempos completaba la formación humana. En los santos de los primeros siglos, es fácil encontrar muchos aspectos del dogma judío, ideas antiguas sobre Dios. La acción cristiana, tal como la comprendemos hoy, no era posible en la sociedad romana; Era preciso aislarse, expiar, rezar, aprender a sufrir en un tiempo en el que la fe era “deudora del martirio”. De época en época, el estilo de los santos ha cambiado; cambiara todavía, y esta es la razón por la cual a la Iglesia le hacen falta siempre nuevas órdenes religiosas.

10. Aunque no siempre he comprendido estas ideas con la claridad de hoy, gracias al esfuerzo que he hecho para desarrollarlos en la práctica, y más todavía quizá a través del contacto frecuente con toda clase de ideas opuestas, estas ideas, digo, han dominado siempre mi cristianismo y especialmente mi vocación religiosa. Al oírlas por primera vez en “Notre Dame”, me sentí urgida para aportar mi grano de areno al edificio, la gota de sangre de mi sacrificio en el combate. Desde entonces, lo más difícil para mí fue el armonizarlo todo hacia ese punto de vista: oración, vida interior, acción respecto a los demás, ideas y sentimientos.

11. Además, al no tener como fin exponer doctrinas, sino realizarlas, me hubiese conformado, respecto a nuestra postura, con que todas las conclusiones prácticas de estas ideas, hubieran sido claramente aprobadas por todos aquellos que estaban cerca de nosotras. Con tal de que se apruebe la dirección de las flechas y de que se vea que apunto al blanco, no me siento de ningún modo obligada a decir dónde he fijado mi mirada para obtener este éxito; pero está

fija en Jesucristo y en la extensión de su reino.